

PANORAMA INTERNACIONAL

LA precipitación de los acontecimientos en China está provocando una considerable serie de confusiones. La información llega intoxicada. Las noticias de Taipeh, de Macao o de Hong-Kong revelan muchas veces esperanzas, ilusiones o conveniencias de quienes las transmiten o de quienes les pagan, apoyadas a veces en un gramo de verdad, en rumores de tráfugas, en traducciones malas y rápidas de emisiones de radio. Las noticias que llegan procedentes de países del Este —parece que en este caso Checoslovaquia es la mayor productora de noticias chinas— no ofrecen mayor garantía de veracidad. China es un inmenso país de nueve millones de kilómetros cuadrados, en el que no se sabe exactamente cuántos habitantes hay —se dice que entre 650 millones y 750 millones—, en el cual es muy difícil tener un verdadero dominio informativo. Parece que incluso en estos momentos muchas de sus comunicaciones están cortadas.

En estas condiciones, los términos «guerra civil» o «revolución», que con tanto énfasis y tanta frecuencia se están empleando estos días, son difíciles de establecer. El Departamento de Estado, donde los computadores electrónicos funcionan estos días casi exclusivamente para analizar las informaciones que se reciben de China, ha advertido ya que su versión del caso es, simplemente, que la llamada «revolución cultural» se encuentra ahora con la resistencia de los jefes locales, al tratar de extenderse sobre China, pero que es muy difícil denominar a esta resistencia guerra civil, a pesar de que es preciso admitir la existencia de choques armados.

Estas llamadas a la prudencia con que hay que acoger las informaciones en torno a China no tienden sin embargo a minimizar los acontecimientos, sino a plantearlos en lo que parece ser su verdadera dimensión. Esto es, una lucha interior, una lucha por el poder, entre los propios dirigentes chinos. Lo que en tiempos se llamaba «una revolución de palacio», en la que parece que las fuerzas armadas y el pueblo, a pesar de las violencias antes anotadas, se enfrentan con mucha menor virulencia que sus propios jefes. Parece ahora posible establecer la génesis de estas disensiones, que por fin han estallado a la luz pública, en el año 1958, o sea dos años después del XX Congreso de la URSS, en el que Kruschév denunció los errores y los abusos del stalinismo (2 de febrero de 1956). Continuando aparentemente la destalinización en la propia China, el mismo año de 1956 Mao lanzaba la campaña llamada «de las Cien Flores». «Que florezcan cien flores, que se abran cien escuelas», dijo el político-poeta iniciando una campaña de discusiones públicas que parecía coincidir con una **SIGUE**

TRES



ENIGMAS CHINOS

Por **EDUARDO
HARO
TEGGLER**





Presidencia de un congreso del partido comunista en Pekín. El presidente de la República, en pie, Liu Chao Chi, junto a Mao Tse Tung, Chu En Lai, la señora Sun

MAO TSE TUNG

Presidente del partido comunista chino. Tiene setenta y cuatro años. Se unió a la acción revolucionaria desde los dieciocho años. Es la figura más prestigiosa de la China popular y el jefe de la revolución triunfante en 1948. Fue nombrado entonces presidente de la república, pero abandonó este puesto para dedicarse a dirigir el partido en 1958, siendo sustituido por Liu Chao Chi.

LIN PIAO

Ministro de Defensa. Tiene cincuenta y nueve años. Jugó un papel determinante en la organización del ejército rojo chino. A los diecinueve años mandaba un regimiento a las órdenes de Chiang Kai Chek, pero se pasó con todas sus fuerzas a los comunistas. Jefe de la academia militar de Wampos, formó gran número de jefes militares comunistas. Durante la guerra civil se destacó como un estratega y táctico de rara inteligencia. Ahora aparece como el posible sucesor de Mao Tse Tung y el más ardiente dirigente de la «guardia roja».

CHU EN LAI

Presidente del consejo de ministros. Tiene sesenta y nueve años. Hijo de un mandarín. Gran diplomático, se educó en Francia, donde trabajó y estudió. Con Mao y Lin Piao, fue uno de los jefes de la «larga marcha». Tras el triunfo de la revolución fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Está casado con una antigua dirigente comunista estudiantil.

LIU CHAO CHI

Presidente de la república. Tiene setenta años. Antiguo compañero de Mao Tse Tung. Por su prestigio y su autoridad como teórico, sustituyó a éste en la jefatura del Estado. Los «guardias rojos» le consideran ahora como un enemigo del «pensamiento de Mao», aunque sigue formando parte del comité político del partido comunista.

CHEN YI

Ministro de Asuntos Exteriores. Tiene sesenta y cinco años. Procede

de la alta burguesía aristocrática. Hizo sus estudios en Francia, pero muy pronto se trasladó a China y se unió a las fuerzas comunistas. En 1949 fue nombrado alcalde de Shanghai. En 1958 fue nombrado ministro de A. S. Su nombre ha aparecido en los carteles de los «guardias rojos» como enemigo de Mao.

TENG HSIAO PING

Secretario general del partido comunista chino. Tiene sesenta y siete años. Como Chu En Lai y Chen Yi estudió en Francia, donde en los años veinte residían varios centenares de chinos que después se unieron a los comunistas. Teng ha sido uno de los negociadores que han frecuentado Moscú para intentar un acuerdo ideológico con los comunistas soviéticos. En 1952 fue nombrado vicepresidente del gobierno. Tomó parte en la «larga marcha». Es otro de los acusados por los «guardias rojos» como oponente al «pensamiento de Mao».

TAO CHU

Ministro de Propaganda. Tiene sesenta años. Es vicepresidente del gobierno. Antiguo dirigente de los grupos comunistas de la China meridional. Según los «guardias rojos» pertenece al grupo que se opone a la línea política de Mao y de Lin Piao.

CHIAN CHING

Cuarta esposa de Mao Tse Tung. Tiene cuarenta y dos años. Antigua actriz, se unió a las filas comunistas en 1933, cuando un grupo de actores y artistas llegó hasta Yenan, donde Mao Tse Tung tenía establecido su cuartel general y se había constituido la primera república soviética china. Está acusada por los «guardias rojos» de formar parte de la oposición política.

PENG CHENG

Ex alcalde de Pekín. Tiene sesenta y siete años. Ha sido destituido de su puesto y esta decisión significó el principio de la acción de los «guardias rojos» contra los revisionistas. Se ha dicho que Peng Cheng ha sido asesinado.

«era kruscheviana» en la que el comunismo se abría a un mayor diálogo entre militantes. Sin embargo, la doctrina de las «Cien flores» apenas pasó de ser un ensayo: acogida con la pasión y con la velocidad con que se acogen temas y consignas en la nueva China, todo había terminado poco después. Chu En Lai no tenía inconveniente en florecer por dos veces la tumba de Stalin en Moscú, y las cien flores se marchitaban. En 1958, entre homenajes, poemas, manifestaciones de masa y cánticos, Mao Tse Tung se retiraba de la Presidencia de la República Popular China, que había fundado y proclamado en Pekín el 1 de octubre de 1949. Ahora sabemos, porque él mismo lo dice, que no se retiró, sino que fue forzado a dimitir, contra su voluntad, durante una reunión del comité central dominada por Liu Chao Chi, el actual presidente —si es que sigue siéndolo cuando se publiquen estas líneas— y que ya desde 1957 el secretario general del partido Teng Hsiao Ping —hoy compañero de desgracia de Liu— había adquirido «hábitos de trabajo hereditarios» hasta el punto de que Mao carecía de decisión de cualquier clase. Hasta que en 1965, para realizar su depuración del aparato del partido, Mao tuvo que irse a Shanghai —Pekín estaba dominado por sus adversarios— y apoyarse en una sección local del partido. Una primera confusión aparece ya en esta constatación: en 1958, Mao y sus «Cien flores» representaban la ductilidad, mientras Liu y Teng, dominantes, implantaron la dureza y consagraron la ruptura con la URSS. Hoy, sin embargo, estos dos dirigentes —que aparecen dibujados en los carteles callejeros de la «guardia roja», bajo la figura de don Quijote y Sancho, en tono caricaturesco y, por lo tanto peyorativo— están denunciados como pro-soviéticos, como campeones de la ideología derechista

burguesa, mientras Mao y los suyos resultan ser los eternos doctrinos de la dureza.

Esto hace pensar que la lucha por el poder ha sobrepasado las ideologías originales y ha precipitado a sus protagonistas a posiciones ideológicas que no son las suyas originales. Lo cual no quiere decir que no las asuman con mayor energía. El único conflicto real planteado en China es el mismo que se planteó ya en la URSS en el momento de la destalinización, aunque con mayor virulencia como consecuencia de las circunstancias anteriores. Se lucha entre un comunismo abierto y coexistente, de una parte, y un comunismo cerrado y duro, por otra. La presión americana en las fronteras de China, la posibilidad de una tercera guerra mundial, son factores que han acelerado el progreso y lo han situado en un punto de máxima gravedad. No es de desear, naturalmente, la acción subterránea y la acción directa que ejerza en estos acontecimientos los dos países principalmente interesados en el desarrollo de los acontecimientos de China: la URSS y los Estados Unidos. Tanto la CIA como el organismo paralelo soviético deben estar trabajando en profundidad en esta cuestión. La URSS, por su parte, se está apresurando a organizar el famoso encuentro de partidos comunistas que se está planeando desde hace años. Circula ya la fecha del mes de marzo —quizá el de abril— para la reunión, posiblemente en Praga —que, como antes queda dicho, se ha convertido en el centro comunista de información de cuanto ocurre en China— del congreso internacional. Desde la semana pasada, los dirigentes comunistas soviéticos —incluidos Brejnev, Podgorny y Kossiguin— recorren el país en una campaña de explicación de su posición frente al actual Partido chino. Para muchos observadores, este apresuramiento en el terreno interior y en



Sen y otros miembros del gobierno chino.

el internacional significa que Moscú tiene buenos motivos para creer en un cambio total de la situación en China y en la posibilidad de que los prosoviéticos tomen en sus manos la situación. Si este hecho coincidiese con la celebración del Congreso Internacional comunista, podría por primera vez exhibirse una unidad que falta desde hace muchos años.

En los Estados Unidos se mantienen igualmente algunas esperanzas. Las esperanzas llegan más lejos que las soviéticas. Se trata de la idea de que, vista la imposibilidad de que una de las dos facciones actualmente en lucha tome el poder, pueda aparecer una «tercera fuerza» que trajera lo que ya ellos llaman «la China de la razón». Esta ilusión se basa en que algún posible grupo chino (¿está ya creado o favorecido por la CIA?)

podiera basar una nueva política en los factores puramente asiáticos de la situación y pudiera «escuchar» a los Estados Unidos que ya ha prometido por boca de Johnson —en los discursos de Baltimore y de White Sulphur Springs— la ayuda de los Estados Unidos a una China nueva dispuesta a colaborar... La suspensión con que en Estados Unidos se acoge la cuestión china, incluso la discreción de Johnson con respecto al tema en el discurso sobre el estado de la Unión (11 de enero) hacen pensar que este cálculo, por disparatado y lejano que parezca desde aquí, entra por mucho en las cuentas de los Estados Unidos, y que quizá se está propiciando subrepticamente desde hace tiempo. De todas formas, un viraje de 180 grados como el que ha dado Indonesia —a pesar de las diversas caretas

TRES ENIGMAS CHINOS

con que se cubre— no parece nada probable en China.

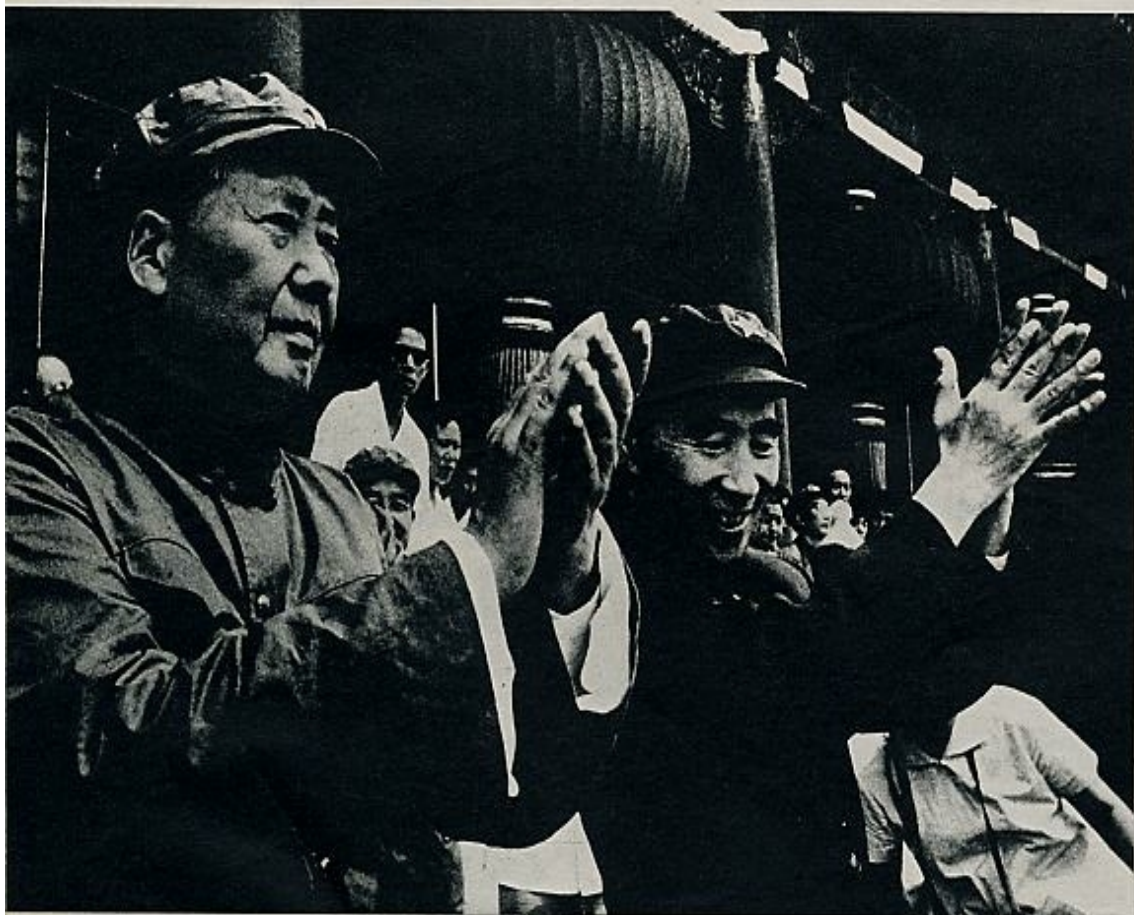
Es decir, que las tres principales salidas que se ven a la situación china en este momento son las siguientes: 1, triunfo del grupo de Mao, o sea, de Lin Piao; la situación se endurecería en toda Asia inmediatamente, los Estados Unidos aumentarían su intervención y buscarían la forma de neutralizar la bomba atómica china, y las consecuencias serían probablemente graves o, por lo **SIGUE**



Los «guardias rojos» han colocado carteles en las calles de Shanghai, en los que se denuncia a los dirigentes «antipartido» y se dan consignas a las masas.



Junto a Mao, Liu Chao Chi y el príncipe Norodom Silhanouk, de Camboya, aparece Peng Chen (detrás del príncipe), ex alcalde de Pekín, que fue denunciado por los «guardias rojos» y, posteriormente, detenido, según ciertas agencias. Se ha dicho también que fue muerto a tiros por un desconocido el lunes de la semana pasada.



Maó Tse Tung aparece aquí con el ministro de Defensa, Lin Piao, de quien se dice que será su sustituto en el mando de China.

menos, muy espectaculares. 2, triunfo de la facción pro-soviética y reanudación por consiguiente de la unidad del mundo comunista, esta vez bajo el síntoma de la coexistencia. Los factores de equilibrio entre Estados Unidos y el mundo comunista resultarían muy modificados y asistiríamos a una serie de pequeños movimientos en Europa y en el tercer mundo. 3, cambio de régimen en Pekín: un «comunismo asiático» que iría perdiendo poco a poco sus condiciones de comunismo para convertirse en una especie de neutralismo que llegase a firmar nuevos pactos del Pacífico. Esta última e improbable solución haría que fuese entonces la URSS la que se sintiese aislada o cercada, y buscase un recrudescimiento de sus posiciones.

Esta enumeración de posibilidades revela hasta qué punto es trascendental lo que está ocurriendo en China para el resto del mundo. Hay, ciertamente, una cuarta solución, la de una guerra civil abierta y larga, en la que no dejarían de intervenir Estados Unidos y la URSS. Esta solución, que es la que parece inspirar la mayor parte de los titulares de periódicos en el mundo, es la que parece menos probable y, desde luego, menos deseable.

E. H. T.

FOTOS CIPRA Y ARCHIVO

TRES ENIGMAS CHINOS



Arriba, los «guardias rojos» aclamando a Mao durante una reunión de la «revolución cultural». Abajo: obreros de Shanghai leyendo un manifiesto «cultural».

